

La chiera*

La *chiera*, como la golondrina, sólo en tiempo de verano aparece en nuestro suelo. Su vida pública es ligera y fugaz como la de la mariposa y, lo mismo que a ésta, siempre la veremos entre aromas y entre flores; siempre inquieta y vivaracha, empeñada en aprovechar los días que dura su aparición efímera. Mas, por muy pasajera que sea su aparición, por corto que sea el tiempo durante el cual la *chiera* se exhibe, no por eso su retrato deja de ser difícil y peliagudo, como el de toda hembra que tiene sus dares y tomares con el público. ¡Cáspita! Me encuentro, lector mío, con más ganas de presentarte el tipo de un cosaco, que no el de la personilla cuyo nombre encabeza el presenta artículo... Sí, porque esa mujer es una cuestión viviente, un problema cuya incógnita se halla envuelta entre la misma *chiera* y el oficio que ejerce.

Expliquémonos un poco más.

La *chiera* pretende tener una cualidad que ninguna mujer ha ambicionado, contando por supuesto desde nuestra madre Eva. Es una mujer excepcional; una hembra que no tiene conciencia de lo que dice, y si la tiene, sus palabras, sus ofertas deben ser necesariamente un sarcasmo, una amarga ironía arrojada a las barbas del sexo masculino, sobre todo cuando las susodichas ofertas y palabras son hechas y dichas

* * José María Rivera, R. "La chiera", *Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales* (México: Imprenta de M. Murguía y Compañía, 1854), 7-12.

por una *chiera* de 18 abril. Risueña como la estación en que aparece, tan linda como sus flores, tan fresca como ellas y tan *sin espinas* como sus amapolas escarlatas. Una *chiera* de este jaez ¡es una sirena domesticada, un juglar hembra, una mujer temible que pretende comunicarnos lo que menos puede dar! Y no me salgan ustedes ahora con que soy un visionario, un meticoloso, y que no sé lo que digo. Examinemos primero cuál es la misión que desempeña ese insecto precioso oculto entre las flores, y entonces podrán decir ustedes si tengo o no razón. Veamos:

¡El oficio de la *chiera* es refrescar!

¡Lelos se han quedado ustedes! ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Habrá hija de Eva que haya tenido alguna vez semejante extravagancia? Paréceme que no, y de lo contrario *Montauriol* fuera un mal peluquero, *Celine* una costurera de munición y *Palacios* un zapatero de viejo. Esta es por lo menos mi opinión, y querer convencerme de lo contrario sería lo mismo que hacerme creer que las piernas y talones no me sirven para andar.

Pero prescindamos de si la *chiera* puede o no cumplir lo que promete, esto es, si puede refrescar al prójimo, o incendiarlo con el auxilio de sus flores, sus negros ojos y sus monerías. Dejemos, pues, esta cuestión para los *hombres-termómetros* (especie que algún día daremos a luz), y examinemos a la criatura refrigeradora que nos sirve de tipo.

El carnaval con sus disfraces, cascabeles y chillidos de rata, acaba de pasar para no volver sino como los recaudadores de diezmos, después de pasado un año. En los días del mes de marzo, en que será preciso suponer que nos hallamos, el sol comienza a levantarse más temprano para los que no tienen palco en la ópera ni vecinos mal casados. El cielo aparece limpio y azulado, y las mañanas, a guisa de chicos de la escuela, se presentan frescas, risueñas y juguetonas, según ha dicho cierto poeta en estos tiempos de prosa. Pues bien, en una de tales mañanas, si ustedes se toman la molestia de dar un paseo por las calles de México, se encontrarán, de buenas a primeras, en alguna esquina con media docena de *huacales* colocados unos sobre otros; algunas ollas que, en caso apurado, podrían servir de baño, y dos o tres cestos enormes que contienen multitud de flores, vasos, jícaras, azúcar, limones y cantaritos. Semejantes adminículos no son ciertamente bienes mostrencos, sino que tienen una propietaria; propietaria que debe contar de 18 a 25 abriles, edad indispensable si se quiere establecer un comercio activo y lucrativo.

Ahora, si alguno desea ver un poco más, suspenda su marcha y examine a la dueña de aquellos aparatos, seguro de que no le pesará, pues la personita lo merece. Veamos, que yo también me cuento en el número de los curiosos.

Hétela allí: con una rapidez prodigiosa, la pequeña mano de la propietaria va cubriendo de exquisitas flores el frente y

los costados de su mostrador improvisado. La infatigable criatura es una imagen del movimiento continuo: se afana, se agita, va y viene; da vueltas alrededor de su obra; se retira un poco y examina el efecto que causa el matiz de sus flores, colocadas con cierto arte; vuelve y abandona en el canasto un puñado de amapolas purpurinas y toma otro de dalias o de chícharos, que enseguida va colocando en su cortina, matizada con estudiada simetría. En medio de tantos movimientos, la ninfa de las flores ora se inclina a un lado y nos deja ver una cintura flexible y delgada, ceñida por una coqueta banda escarlata, ora hacia el otro y nos muestra el picaresco perfil de una cara zalamera y pecaminosa. Enseguida, dando a su cuerpo la longitud posible, procura colocar una sarta de cantaritos en los verdes arcos que adornan su agradable tienda, y entonces nos permite ver el extremo de una pierna perfectamente modelada y un pequeño pie comprimido en un magnífico zapato de raso de color. Luego, por último, en una de sus muchas maniobras la veremos inclinarse hacia el curioso espectador, alelado con tan provocativo espectáculo, y entonces por una mera casualidad observamos su adornada camisa, blanca como el azúcar, pero cuya camisa holgada está construida de modo que no embarace el continuo movimiento de su dueño... ¡Oh!, en este instante, carísimo lector, después de lo que has visto, puedes dar la vuelta y seguir tu camino; de no hacerlo, ¡te expones a perder muy pronto los estribos...!

Ésta es la *chiera*, ésta la que hace poco hemos comparado con la mariposa, llena de movimiento, de encantos y de vida. Pero esa misma mujer, pasada una hora habrá concluido su laboriosa tarea y, colocada tras de su florido aparato, mostrándote su carita risueña al través de sus vasos llenos de esmeraldas, ópalo y topacios líquidos, esa misma mujer, repito, con cierto aire candoroso y con acento acaramelado te dirá: *Chía, horchata, limón, piña, tamarindo, ¿qué toma usted, mi alma? ¡Pase usted a refrescar!*

Ahora, ¡que se me pudra la lengua si hay un alma de cántaro, de esas muy inflamables, que se refresque con un vaso de *chía* después de haber estado al sol media hora observando tan incitantes aparatos! Sin embargo, preciso es allegarse al *puesto* para examinar más de cerca aquella tentación. La sed que antes acaso o no existía en el individuo, o si existía era de otro género, ahora se va aumentando a medida que el espectador se aproxima a la *linda fuente* donde piensa apagarla. Éste es el momento en que la *chiera* redobla sus afanes.

Apenas ve venir a su parroquiano cuando con más empeño lanza al aire la letanía de sus refrigerantes, y aún no bien el sediento llega al puesto cuando ya la *chiera* ostenta un vaso en la mano, y una *jícara* roja y plateada en la otra: repite su consabida canción, terminada con el provocativo: *¿qué toma usted mi alma?* y enseguida, veloz como el viento, saca con la jícara de una de las ollas cierta cantidad de agua

fuertemente azucarada, la echa en el vaso, la mezcla con la *chía* u horchata, o bien con una infusión de piña, limón o tamarindo, y en un abrir y cerrar de ojos le presenta a su *marchante* un todo tan completo, unido y amalgamado que causaría envidia al matrimonio más pacífico. El bebedor, antes de beber, bebiendo y después de haber bebido, no quita la vista de la *chiera*, y conoce que si por la boca le ha entrado un refrigerante, por los ojos se le ha filtrado una cosa parecida al alquitrán. Exasperado al ver que la *chiera* permanece indiferente, se da por derrotado, aprovecha la ocasión al poner medio real en manos de la *chiera*, y obtiene entonces... ¡Una muequilla desdeñosa que lo deja boquiabierto!

Por fortuna, no todas las *chieras* son flores o mariposas ni todas tienen pies pequeños, zapatos de raso ni camisas de alfeñique. Las hay de todas clases y condiciones, menos viejas, por supuesto, porque éstas muy bien conocen el efecto que causaría un murciélago plantado en un florero seductor.

La *chiera* no es planta que sólo vegeta en las esquinas, no; en éstas y en los portales, en las plazas y zaguanes, en cualquier sitio, en fin, puede colocar su trono de amapolas esta diosa de la frescura, desplegando en él más o menos esplendor, pero siempre sin alterar la sustancia de su fresquísimo aparato. Por eso verán ustedes que los puestos de las *chieras* son como los periódicos: sólo cambian en la *cabeza*, en cuanto al *fondo*, todos son lo mismo. En efecto, de

los puestos, unos terminan en un arco de flores colocado al frente; otros lo tienen en el mismo punto y además en las partes laterales; otros, en fin, están resguardados de los rayos del sol por un ligero sombrero de lienzo, ramas o prosaico *petate*, y los más no tienen otro pabellón que el del cielo.

La estación de las *chieras* comienza con la Cuaresma y termina poco después de la Semana Mayor. En los días santos se multiplican las vendedoras de *chía*: las nuevas cofrades ostentan mayor lujo y establecen su comercio más en grande, improvisando salones en la plaza principal y llenando éstos de asientos, no muy cómodos, para los consumidores. Sin embargo, seremos justos: en los días de la Semana Santa, cuando una lluvia de fuego se desprende del cielo, se experimenta una verdadera delicia al penetrar en uno de tales puestos y tomarse una jícara de *chía* con limón, o un vaso de espumosa horchata.

Tiempo atrás, los jóvenes calaveras y elegantes pasaban parte de la noche en aquellos frescos recintos, bebiendo *chía* y rompiendo vasos; mas hoy jamás penetra en ellos la gente de alta alcurnia, y sólo están reservados para el pueblo y alguna persona de clase media. La aristocracia tiene su *chiera* por separado, o por mejor decir, la tenía, supuesto que ha terminado su carrera y pasado al otro mundo en el presente año, la célebre *chiera* del Portal de las Flores. Mujer afortunada y aristócrata que hacía detener los coches

enfrente de su puesto, y que los elegantes, impacientes y quisquillosos en la fonda y el café, esperasen allí sumisos que la *chiera* despachase 10 parroquianos para que a ellos les llegara su turno refrigerante. Esta *chiera* fue la excepción de la regla en todo y por todo. No pregonaba sus *aguas frescas*, no prometía a sus marchantes masculinos lo que ella sí podía cumplir, con el auxilio de su exquisita horchata; desterró de su puesto los arcos de adorno y los cantaritos para regalar a niños y mujeres; el número de las molenderas de pepita de melón, colocadas a los pies de la *chiera* afortunada, era mayor y, en suma, no se podía llamarla mariposa, por ser su vida pública de más larga duración...

En la mayor parte de las poblaciones de la república es conocida la *chiera*, cuyas aguas, sobre todo en Querétaro, son superiores a las que con tanto afán se pregonan en México. El tipo, en aquellos mundos de Dios, sufre algunas variaciones, y decirse puede que son mundos al revés; supuesto que hay lechuzas que habitan entre flores y que no cantan, conociendo sin duda que sus graznidos causarían una especie de motín, en el cual no se cerrarían las puertas, sino los bolsillos.

Pero en cambio, lo repetimos, las *aguas frescas* son más deliciosas, los puestos matizados con mejor gusto, los vasos de adorno más numerosos, y las aguas que éstos contienen, divididas en capas de tres y cuatro colores, son más brillantes, diáfanas y cristalinas. Ninguno que haya visto una

sola vez el puesto de la *chiera Tulitas*, en Querétaro, podrá olvidar a esa mujer que, semejante a una maga, parece que ha encerrado al *iris* dentro de sus vasos limpios y puros como el diamante.

Hasta aquí hemos intentado presentar el tipo de la *chiera*; *tipo esencialmente mexicano* y que sólo se parece un poco, según nuestra humilde opinión, al vendedor de *aguaducho* (*aquaiolo*) en Nápoles. Tampoco la tienda de la *chiera* puede compararse del todo con el tipo italiano, por faltarle a nuestra *chía* los barriles movibles, la nieve, las pinturas extravagantes, las manos colosales y las flamantes banderolas que adornan la tienda del *aguaducho*. La semejanza sólo consiste en que éste y la *chía* se expenden a pleno viento. Hecha esta pequeña digresión, terminemos nuestro artículo.

Decíamos haber intentado presentar el tipo de la *chiera* en el tiempo en que merece tal nombre, a causa de darse en espectáculo. Mas la Cuaresma pasa, la *chiera* desaparece y entonces el buscarla sería lo mismo que buscar un grano de chíá en un saco de mostaza, o un vagabundo cometa en el espacio, y aún sería más difícil que lo segundo, porque la *chiera* no tiene *rabo*, y si lo tiene, hasta ahora nadie se lo ha visto, aclaración que hacemos en descargo de nuestra conciencia. Pero a falta de cola, tiene lengüecita más de la regular, y por eso la oirán ustedes que dice, cuando algún caluroso tiene más sed de la necesaria: —*Ya le dije lo que*

hay. Yo soy tan fea como tan clara, y no quiero tener rabo que me pisen... —Y dice muy bien la bellaca, ¡vive Dios! ¿Sabes por qué, lector mío? Voy a decírtelo:

La *chiera* es como la lotería: a todos promete mucho, a todos llena de esperanzas; cada cual cree tenerla en el bolsillo, y al fin y al cabo uno solo es el que la obtiene.

R.

Agosto 26 de 1854.